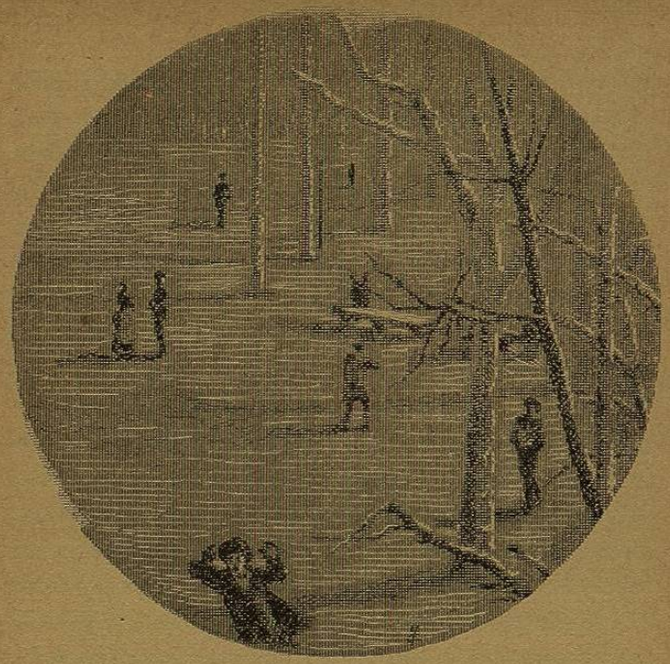
al hijo que acababa de huir, arrastrado por su desesperación, como la hoja muerta por el viento de la tempestad; sólo veía el fantasma del fusilado clamando venganza, y anonadaba á Faustina con sus miradas implacables.



XI

Faustina era la causa de la muerte de su padre! Estas terribles palabras resonaban en los oídos del infeliz Santiago, que huía como perseguido por un espectro. Los paseantes, asombrados, observaban con estupor aquel joven elegante, que corría como un loco, con el rostro pálido, los ojos inyectados de sangre y el cuerpo tembloroso. A los

pocos instantes llegó á las alturas del Trocadero y dejóse caer en un banco, sin sentir el frío, completamente aniquilado por la sacudida que acababa de sufrir. ¡Faustina había dado muerte á su padre! De pronto recordó la pequeña habitación de la calle de Juan Baussire, la visita del doctor Grandier y la salida de Pedro Rosny, que iba á tomar parte en la gran batalla, de la cual no debía volver. ¡Pobre padre! ¡Cuántas veces le había hablado Francisca de su valor, de su energía y de su actividad para el trabajo! Los recuerdos de su infancia le representaban un hombre de rostro inteligente y expresión bondadosa, que le hablaba con dulzura cuando iba á pasear con él. Pedro andaba muy de prisa, y Santiago debía correr para seguirle; cruzaban plazas y calles, acompañados de Francisca, y ésta solía decir á Pedro: «Anda más despacio, amigo mío, porque el niño se cansa.» Sus recuerdos sucesivos confundíanse en un solo sentimiento en que la ternura se mezclaba con la piedad: Santiago, impelido por la corriente del mundo, lejos de olvidar á su padre, que tan tristemente había desaparecido, representábase á menudo el cuadro de su horrible muerte: el recodo del camino junto á un foso, un cielo puro y sereno, un guardia nacional de pie, con las manos atadas detrás de la espalda, fijando la vista por última vez en los brillantes rayos del sol, y algunos soldados cargando sus fusiles al oir la breve orden de un oficial; apuntábase al condenado, y doce balas perforaban su cuerpo, acercándose después un sargento para disparar el tiro de gracia en el oído del

infeliz. Luego abríase una fosa apresuradamente, un poco de tierra llenaba el hoyo, y los soldados se alejaban con la mayor indiferencia para continuar su vida de costumbre. Nadie iba á orar sobre la tumba del infeliz, ni siquiera su hijo y su viuda, que no sabían dónde el polvo del obrero se mezclaba con el polvo confuso de la humanidad.

¡Faustina había entregado á su padre á la muerte!... Santiago pasaba en revista uno por uno todos los días transcurridos desde su encuentro con la señora de Guessaint: veíala entrar en el taller con el doctor y Nelly; colocarse después delante de él para servir de modelo; figurábase oirla aún referir sus viajes, describiendo los países desconocidos, donde el pensamiento vuela en alas del sueño; recordaba el amor que germinaba en su corazón, su brusca declaración á la joven, y las horas de melancolía y de duda cuando Faustina, temiendo sucumbir, huyó lejos del escultor. Por último, evocó la hora inolvidable de suprema dicha en que la joven cayó en sus brazos palpitante de amor, en aquella gran habitación de la Birochère, tan elegante y perfumada. ¡Oh! ¡qué mes de apasionado amor! ¡Qué mujer podía ser más tierna y leal, más inteligente y generosa! ¡Y ahora sería preciso renunciar á aquella mujer única, no ver más su rostro de expresión dulce y altiva á la vez, su andar ligero y gracioso; no oir ya su voz musical, ni estrechar tampoco entre los brazos aquel cuerpo de escultóricas bellezas!

Había llegado la noche; las sombras rodeaban al infeliz; su fiebre intensa no sentía la penetrante morde-

dura del frío, y la exaltación de su cerebro acrecentábase á medida que todos estos pensamientos volvían á su espíritu. Ante él se escalonaban las casas de París, vagamente iluminadas, semejantes á sombras con manchas de oro; y el Sena se deslizaba entre los muelles, pacífico y melancólico, mostrando sus tintes de pizarra, más claros en el fondo oscuro de aquella decoración nocturna. Un viento muy frío comenzaba á soplar en aquel instante, silbando entre los escuetos árboles; mientras que en un cielo tempestuoso varias nubes negras como la tinta, y de extravagantes formas, semejantes á demonios descabellados, parecían perseguirse unas á otras. Santiago miró ante sí y á su alrededor: no era sólo la muerte de su padre lo que le separaba de Faustina, sino el odio de dos razas creadas para exterminarse y aborrecerse. Su pensamiento de artista resucitaba en una evocación gigantesca todas las ideas que su madre le había inculcado en el corazón. ¡Qué locura pensar que él, hijo de obrero, vástago de toda una larga descendencia de pobres y desheredados, pudiese aliarse con la hija de los ricos y de los aristócratas, perteneciente á una larga generación de favorecidos! ¿No les separaba un abismo, abierto por las costumbres, las preocupaciones y la tradición? La casualidad los reunía un instante, pero la ineludible fatalidad los separaba para siempre; y en cuanto le era dado sondear el porvenir, veía una lucha implacable entre las dos razas fratricidas. Aquel hombre de genio sentíase acosado á su pesar del delirio calenturiento de su pasajera locura. La desespera-

ción exasperaba su cerebro, y volvía á ver todos los odios, todos los tumultos, todos los antagonismos engendrados por las guerras civiles.

¡Faustina había entregado á la muerte á su padre!... ¡Ah! ¡cuántos seres que se amaban habían quedado sumidos en el desconsuelo y la desesperación por aquellas luchas que exterminaban y deshonraban á los hijos de una misma patria! ¡Cuántas angustias habían presenciado las negras ondas de aquel río que se deslizaba á sus pies! Los *Jacques*, con su bandera roja y azul, quemando castillos, casas y fortalezas, y arrojando en el cieno tantos cadáveres que las aguas no conducían ya al mar; los *Maillotins*, conducidos por los ballesteros, con su traje de búfalo gris, que levantaban cadalsos en las plazas públicas y colocaban las cabezas cortadas en los ángulos de las casas y de los palacios; la roja noche de San Bartolomé; los espantosos días de la época del Terror; y aquellas matanzas, aquellos exterminios, que hacían correr tanta sangre por las calles, que se hubiera podido creer que la gran familia francesa iba á quedar aniquilada para siempre por tan terribles sangrías. Y, sin embargo, la nación inmortal y fecunda permanecía en pie, porque á la guerra seguíase la calma, porque del odio nace el amor, como del estercolero inmundo el inmaculado lirio. Sí, el amor..., porque los enemigos se acercan y únense al fin por un beso fraternal. ¿Por qué Santiago Rosny no haría lo que habían hecho los demás? El general Bressier caía herido por los revoltosos de París; Pedro Rosny por los soldados de Versalles; sus

hijos, iluminados en otro tiempo por los sangrientos incendios, olvidaban todo aquel pasado abominable, y una inefable ternura los unía.

No sería Santiago ni el primero ni el único que hubiese adorado á una mujer á pesar del destino y de la fatalidad. No, no podía olvidarla; no podía vivir sin ella; pero ¿y su madre? ¡Ah! sí, su madre se interpondría entre los dos para combatir su pasión, más fuerte que su voluntad. ¡Pues bien! lucharía contra su madre, porque bastante tiempo la había escuchado dócilmente, siguiendo sus consejos sin oponerse jamás. Ahora se rebelaría contra aquella energía poderosa que hasta entonces dominaba su existencia. No temía la lucha; era preciso arrostrarla sin vacilar, y en aquel mismo instante. Sabía que la viuda le esperaba, y que el choque sería violento; pero juzgábalo inevitable. Entró en su casa dominado aún por la impresión de aquellos pensamientos tumultuosos. Francisca, muy pálida, se levantó al verle entrar.

—Hijo mío—exclamó—¡qué desgraciado debes ser! Me figuro tu dolor y sufro tanto como tú; amas á Faustina y estás separado de ella; le has dado toda tu vida y no debes volver á verla. ¿Qué piensas hacer? ¿Quieres viajar? No es posible que permanezcas aquí enfermo y desesperado, revolviendo el hierro en la herida; eres joven; te sonríe un brillante porvenir, eres célebre, y todos te admiran y envidian. No tienes derecho de renunciar, por haber perdido un poco de amor, á tantas glorias prometidas. Amas á Faustina... ya olvidarás, porque siempre se olvida.

Santiago escuchaba con la vista baja, y cuando su madre calló alzó la frente.

—No, madre mía—replicó—no olvidaré ni quiero olvidar. La adoro; toda mi vida, toda mi esperanza y mi felicidad están en ese amor. ¡Huiría yo para no volver á verla más!... ¡Es imposible; más valdría arrancarme la existencia de una vez!

Francisca retrocedió, transfigurada por la cólera que brillaba en sus ojos.

—Entonces—dijo—elegirás: ella ó yo.

Santiago se cruzó de brazos.

—No tienes derecho—repuso—para lanzarme ese reto, porque entre los dos hay lazos que ni tu voluntad ni la mía pueden romper. Tú no eres sólo la madre de mi cuerpo, sino también la de mi alma; me has inculcado el valor y la voluntad, y sin ti no habría sido más que un obrero. No puedes arrancar de mi sér todo lo que has puesto, y tu amenaza no me alcanzará, pues tan poco creo yo en ella cuando te escucho, como tampoco crees tú cuando me hablas.

—Sí, Santiago, sí... no sé lo que me digo; estoy loca; ya sabes que te adoro, hijo mío; pero tu amor es un sacrilegio. Esa mujer ha entregado á tu padre, le ha vendido, poniendo en manos de sus encarnizados enemigos á un hombre indefenso. Rompe tu corazón si es preciso, pero cumple con tu deber. Ya ves que no amenazo, Santiago, solamente suplico... acuérdate de tu padre, tan bueno y tan bondadoso.

—¡Amo á Faustina. . la adoro!—murmuró Santiago con voz sorda.

—No tienes derecho para ello, porque entre vosotros dos hay un abismo; el pasado no puede menos de existir. ¿Crees que te sería posible amarla sin remordimientos? Tú no sabes lo que son; tú no sabes que acosan á cada hora y á cada momento, sin dar tregua ni reposo.

—¡La amo!—repitió el joven.

—¡Otros muchos amores hay en la vida! Quiero admitir que no sea culpable; que ignoraba lo que hacía al abrir la verja á los soldados que se llevaron á tu padre; pero de todos modos, la fatalidad os ha herido, y el deber te condena á sufrir ese golpe.

—¡La amo, la amo!...

—¡Ah! no eres digno de mí. ¿Qué se han hecho todas las ideas que te inculqué durante tan largo tiempo? ¡Bello amor es el de un obrero, apasionado por una joven noble! No es sólo la muerte de tu padre la que os separa; es la execración inmortal de dos razas; ella está arriba, y tú abajo; y no es ella la que ha descendido hasta ti, sino tú el que te has elevado hasta ella. Todo el amor que puede haber en tu corazón no pesará nunca tanto como los odios que median entre vosotros dos.

Santiago, que escuchaba estas frases furiosas con aire tranquilo y resuelto, dijo con voz muy dulce:

—¡Oh! madre mía, tú misma eres la que te condenas al hablar así. Todas tus ideas han salido de mi corazón y de mi cerebro, pero mi sentimiento las condena y mi razón las reprueba. Me has dicho que debía aborrecer, y yo tan sólo me siento capaz de

amar. Si Faustina entregó á mi padre, yo la perdono.

—¡La perdonas porque la amas!

—Y porque la amo corro hacia ella.

—¡Ah! te mal...

No acabó de pronunciar su maldición, porque Santiago no la escuchaba ya. Quería ver de nuevo á Faustina; su pasión, exasperada por tantos sentimientos contrarios, impeliale hacia ella. Su misma madre reconocía que Faustina no era culpable; sólo la fatalidad había conducido á Pedro Rosny á casa de la señorita de Bressier. ¿No se había esforzado al principio para salvarle? Cuando le entregó no obedecía á su voluntad razonada, sino que obraba bajo la impresión de los terribles dolores que sufría. El general muerto; Esteban asesinado... ¿No era esto suficiente excusa para la infeliz? Por otra parte, no podía vivir sin ella; era preciso ver las cosas bajo su verdadero punto de vista, lógica y friamente. Había delirado en el Trocadero, y el extravío de su espíritu le impidió reconocer claramente la realidad de las cosas. Faustina no era culpable. ¿Deben ser desgraciados los hijos porque sus padres cometieron tal ó cual falta? Diez y seis años habían transcurrido desde que el desgraciado Pedro Rosny fué víctima de un sangriento error. ¡Diez y seis años! la mitad de la vida de un sér humano. Muchos acontecimientos se habían seguido después; los hijos de las víctimas, en uno y otro partido, crecían y olvidaban la sangre vertida. La señora de Guessaint no era culpable. ¿De qué había de serlo? Santiago la amaba y no podía vivir sin su amor; no sabía ni quería

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

saber otra cosa. Francisca lo juzgaba todo con su pasión violenta, con sus primeras convicciones, fortalecidas por el sufrimiento; pero Santiago tenía veintiséis años, y vivía en una época nueva, en la cual se borraban en un excepticismo indiferente las pasadas diferencias. ¿Por qué no se aprovecharía del espíritu de su época? Sus contemporáneos no se molestaban en discutir sus sentimientos. Cuando se ama, nada puede impedir que una pasión subsista en el corazón; para matarla sería necesario arrancar este último. Todos los razonamientos, todos los sofismas, todas las disertaciones no impedirían que su amor le llenase por completo, alma, corazón y cerebro. Mas ¿para qué discutir tanto tiempo? Faustina no era culpable.

El infeliz descomponía uno por uno todos los argumentos vencedores que se opuso dos horas antes; creía estudiarse, y no veía que desde la terrible revelación no era ya dueño de sí, puesto que sus razonamientos psicológicos chocaban y destruíanse entre sí. Antes era presa de un delirio exaltado; ahora estaba sereno, é iba conducido por su ardiente pasión cuando se creía guiado por la voluntad reflexiva.

XII

Después del terrible descubrimiento, Faustina se abandonó á una desesperación profunda; pero menos nerviosa que Santiago, y más acostumbrada á sufrir, recobróse muy pronto y miró la situación frente á frente. ¿Qué haría Santiago, qué resolvería? Conocíale muy bien; sabía que la amaba, y supuso que la lucha entre su amor y su deber sería violenta. ¿Cuál de los dos sentimientos predominaría en aquella alma de artista, impresionable y voluble, capaz de tomar una resolución extremada, pero no de